

CAPÍTULO II

Carolina.

Cinco años han pasado: la familia de Villena, durante este largo periodo, ha variado de aspecto, porque en el carácter de todos ha habido un gran cambio.

Como realmente ahora es cuando empieza la acción de esta historia, bueno será que digamos en qué consiste esta mudanza, para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

Villena se había vuelto mucho más intolerante, grosero y regañón. Berta era mucho más desgraciada, y en aquellos cinco años parecía haber vivido quince. Hortensia era una hermosa joven de diez y siete años, muy brusca y muy ordinaria.

De los cuatro hermanos que la seguían, los dos más pequeños habían muerto, y los otros dos eran dos muchachos de catorce y diez y seis años, que el uno aprendía á boticario y el otro ayudaba á sus quehaceres al fiel de fechos.

En cuanto á Carolina, ¡oh! en ésta si que se había efectuado una gran mudanza; contaba ya

diez y nueve años, y hacía dos que estaba casada.

Esta era la causa principal de la tristeza de su madre. Carolina estaba casada... ya no era suya... no le pertenecía, y era desgraciada también á su vez.

El esposo de Carolina no era ni feo ni hermoso; tenía veintinueve años y una fortuna regular; se llamaba Bernardo, y jamás había tenido ambición.

Sus habilidades se reducían á saber leer de corrido y escribir no muy bien; á saber cuidar los peones que trabajaban en sus heredades; á llevar las cuentas del molino harinero del lugar, que era suyo, y á querer mucho á su mujer, á la que creía muy superior á él por todos conceptos.

Por lo demás, tenía el aspecto honrado y bonachón, pero bastante encogido; casi nunca había salido de su aldea, en la que era conocido y estimado de todos.

Su traje consistía en un pantalón y una chaqueta de paño pardo para todos los días, un pantalón azul y una levita del mismo color para los festivos; pero aquella levita, aunque nueva y flamante, era mucho más anticuada que las que de los desechos de sus amos gastan los ayudas de cámara de la corte.

Esto consistía en que Bernardo se la ponía muy pocas veces, y en éstas la cuidaba con el mayor esmero.

Ambos esposos vivían enfrente de la casa que

ocupaba el retirado con su familia, en otra casa muy vieja, propia de la familia de Bernardo Pérez, y en la cual vivían también los padres de éste.

Eran dos buenos ancianos; el padre ya no trabajaba, porque tenía cerca de sesenta años y estaba achacoso á causa de una excesiva laboriosidad durante toda su vida; se llamaba Casiano Pérez, pero se le llamaba sencillamente el tío Casiano.

La madre tenía, poco más ó menos, la misma edad que su marido; veneraba á éste, adoraba á su hijo y trataba con una especie de cariño humilde á un tiempo y protector á Carolina.

En medio de estos tres seres toscos y honrados se levantaba como un ángel de belleza la hechicera figura de Carolina, siempre vestida de blanco en verano, siempre vestida de seda en invierno.

Los años pasados de su adolescencia á su juventud habían hecho de su naciente belleza una hermosura adorable; cada gracia se había convertido en un encanto, cada encanto en una perfección; nada podía buscarse más hermoso.

Era de esa talla un poco baja para llamarse alta, un poco elevada para llamarse pequeña: de esa talla que es el justo medio para la belleza de formas en la mujer: un estatuario hubiérase vuelto loco de alegría al ver sus formas correctas y puras, pero esbeltas y delicadas, como correspondía á su corta edad y su exquisita organización; su talle se cimbreaba como un junco; sus hom-

bros, redondos y finos, estaban hendidos por dos hoyos muy pronunciados; parecía imposible que pudieran sustentarla sus piés de niña, y más imposible que su delgado cuello, un poco largo, sostuviese el peso de su espléndida cabellera.

Aquellas espesas y brillantes trenzas de color castaño subido conservaban sus reflejos dorados y esplendentes, y servían de un magnífico marco á su semblante oval, blanco como el nácar y alumbrado por dos rasgados ojos azules con largas pestañas de seda oscura.

Tanta era la blancura de Carolina, que apenas daba lugar á un suave sonrosado que se extendía por sus mejillas; por esto mismo su frente y el resto de su semblante ostentaban la satinada nitidez de la azucena.

Su suegra, la honrada y recta señora Prisca, la llamaba comedidamente la *figurita de marfil*, y á veces se reía tristemente de las aristocráticas maneras de Carolina, que ella calificaba de *melindres*.

Carolina hacía siempre como que no la oía; á las pullas medidas de su suegra, á las cariñosas reconvenciones de su suegro, á los apasionados y sencillos ruegos de su marido para que depusiera su frialdad y su melancolia habituales, sólo contestaba con el silencio.

No cuidaba de la despensa, ni del lavado, ni del repaso de la ropa; no miraba por el aseo y la comodidad de su marido; se ocupaba en hacerse

sus vestidos con más gracia y coquetería que la mejor modista, en bordar sus cuellos y sus gorros de dormir, y en tocar el piano.

—¿Quién había enseñado á tocar el piano á Carolina? dirá admirado el lector.

Su madre; había hallado en uno de los desiertos salones del palacio un clave muy antiguo y muy viejo, y en él había dado lecciones á su hija, recordando que ella había brillado por su sorprendente talento musical.

Carolina aprendió lo bastante en aquel vetusto instrumento, para ser lo que había sido su madre; una buena profesora.

Cuando se casó, uno de los regalos de boda de Bernardo había sido un hermoso piano inglés.

—¿Para qué quiere tu mujer ese mueble tan caro? preguntó la previsora señora Prisca á su hijo el día que llegó el piano de Madrid.

—Para distraerse, madre mía, respondió Bernardo.

—Yo jamás he tenido esas distracciones, objetó muy admirada la labradora.

—Ya lo sé, repuso Bernardo, cuya candidez se hallaba en un gran apuro para contestar á aquel contundente argumento; pero Carolina, además de distraerse ella, nos distraerá á nosotros durante las noches de invierno; ¡canta como un ángel!

—¡Con tal que no nos impida á tu padre y á mi rezar el rosario! dijo á media voz la señora Prisca, saliendo de la estancia.

Bernardo, sin poder darse cuenta del por qué, sintió que se oprimía su corazón, pero no supo qué decir, porque no era una de sus dotes la afluencia: el pobre mozo era honrado, amante, veraz, pero no sabía hablar más que lo más preciso, y eso algo duramente: era un corazón de oro bajo una cubierta de barro tosco.

Inútil creemos decir al lector que Carolina no amaba á su marido: educada por una madre delicada y tierna, á la que adoraba, detestaba en Bernardo algunos de los defectos que habían convertido á su padre en el tirano de toda su familia; y obcecada por su vanidad y humillada por la rústica sencillez de Bernardo, no echaba de ver que estaba dotado de mil bellas cualidades que jamás se habían abrigado en el alma mezquina y vulgar del ex-teniente.

El casamiento de la joven se había verificado de un modo casi independiente de su voluntad.

Desde su llegada á Villanueva, había visto siempre cerca de ella á Bernardo.

Cuando paseaba, se lo encontraba: un día que cayó en un riachuelo, Bernardo la sacó de él; otro día que deseaba un nido, Bernardo se lo alcanzó: cuando paseaba por alguna huerta, á la salida de ella estaba Bernardo que le daba un ramo de flores: cuando oía misa, Bernardo estaba tras ella: algunas noches la despertaba el ruido de una guitarra bajo la ventana de su cuarto, y ella decía maquinalmente:

—Ese es Bernardo.

Poco después volvía á dormirse.

Así pasaron tres años: durante ellos, Bernardo siguió siendo la sombra de Carolína: el mozo tenía veinticuatro años, y aunque todas las muchachas de Villanueva se lo disputaban, porque tenía muy hermosos ojos negros y era el joven más rico del lugar, él sólo veía á Carolina; era su primero, su único y quizá su último amor, porque á través de su humildad de niño se descubría el temple fuerte del hombre reflexivo.

Un día fué el señor Casiano á ver al señor Villena, y pidió hablar á solas á éste y á su esposa.

Cuando estuvieron sin testigos, habló así, con voz muy conmovida:

—Señor D. Fernando, mi hijo está enfermo de tristeza; se ha enamorado de la hija mayor de usted, y la rubilla le ha trastornado el seso, de modo que su vida pelagra: ¿quiere V. dármela por esposa de mi Bernardo?

Villena hinchó los carrillos, tomó un aire de orgullo alarmado, y respondió:

—A la verdad, señor Pérez... tal proposición... estoy admirado... mi hija tiene una educación muy distinguida y un nombre ilustre... es una señorita... y ya comprende V. que...

—Mi hijo es un hombre honrado, respondió con altivez el anciano: la ama más que nadie la puede amar en este mundo... la ama más que á su madre y más que á mí...

Ahogóse aquí la voz del señor Casiano, y enjugó una gruesa lágrima con el dorso de su mano, arrugada y ennegrecida por el trabajo.

Luego prosiguió, en tanto que Villena continuaba paseándose por el cuarto con una grosería que á él le parecía dignidad:

—Sé que su hija de V. no tiene un cuarto; pero no importa: sé que nos mira con desprecio á mi mujer y á mí, porque jamás nos da los buenos días; pero tampoco importa: lo que mi esposa y yo anhelamos ante todo es la dicha de Bernardo.

—Lo pensaré, respondió con rudo laconismo Villena.

—Lo consultaremos con nuestra hija, añadió Berta con su dulce voz; pero una mirada de su marido apagó el acento de sus labios.

Cuando el Sr. Casiano hubo salido, Villena llamó á su hija y le dijo con su grosería habitual:

—Chiquilla, vas á casarte con Bernardo Pérez.

Carolina se encogió de hombros.

—Es el mejor mozo y el más rico del lugar, añadió su padre: te quiere mucho, y como te cree superior y es bastante necio é imbecil, tú serás la que mande en casa: por otra parte, lo pasarás mejor que aquí, en donde no puedes comprarte lo que quieres, porque somos pobres, y donde tienes que cuidar á tus hermanos. Conque lo dicho: no podemos despreciar semejante partido en nuestra mala posición: dentro de un mes se hará la boda.

Así fué en efecto: la boda se efectuó cinco semanas después, y aquel día fué el más dichoso de la vida de Carolina, porque advirtió que todas las jóvenes del lugar la miraban con envidia.

Bernardo parecía trasportado al sétimo cielo: sus grandes ojos, absortos, no podían separarse de Carolina, que estaba bella como el sueño del primer amor, con su traje blanco de muselina y su corona de azahar: cuando su marido le ofreció la mano para bailar un rigodón, aquella mano parecía de corcho al lado de la alabastrina de su novia.

Bernardo apenas se atrevía á tocar aquella diestra que ya era suya: temblaba cuando el viento llevaba hasta él el perfume de los rizos de Carolina: le parecía que no sólo era él indigno de tanta dicha, sino que el sol no merecía alumbrar á su mujer: mirándola, sentía llenarse sus ojos de lágrimas, sentía deshecho su corazón en una ternura infinita.

Por la noche, los padres de la desposada acompañaron á los novios á su casa, y Berta, que era la ternura y la delicadeza mismas, quedó admirada del aspecto encantador que presentaba el cuarto de su hija; jamás había ella esperado encontrar tanta sencillez y buen gusto reunidos en aquella pobre aldea.

Un lecho de acero y bronce, rodeado de cortinas blancas bordadas, con transparentes de gro azul celeste y sábanas de batista orladas de an-

tiguos encajes; el hermoso piano que Bernardo le regalaba; una mesa de tocador con cortinas de gasa, y cargada de lindos frascos de porcelana, de cajas de laca y concha y de esas mil chucherías que tanto amamos las mujeres; algunas sillas ligeras de limonero y un elegante costurero de palo de rosa, constituían el mueblaje: había además grandes macetas de flores y de plantas odoríficas, que exhalaban un delicioso aroma.

—Hija mía, dijo á Carolina la señora de Villena, tu marido te ama mucho: sólo un corazón lleno de cariño puede acertar con algunos detalles que veo aquí: ámale tú también.

La señora Prisca cortó las palabras de Berta, acercándose á ésta y á su hija.

—Hija mía, dijo á su vez á Carolina, este cuarto—el mejor de la casa—se ha arreglado así por el gusto de mi hijo; pero él y nosotros somos unos ignorantes: si algo falta, dispensa.

—¡Oh señora! exclamó Carolina, encarnada de confusión y gratitud.

—En cuanto á mí, prosiguió la señora Prisca, cuyas cejas se fruncieron al oír la palabra *señora*, cuando ella esperaba la de *madre*; en cuanto á mí, te regalo la cosa de más valor que hasta hoy he tenido: esos encajes que guarnecen las ropas de tu lecho, los heredé de mi madre, y son de bastante precio: úsalos tú.

—Gracias, señora, dijo Carolina con su dulce voz, pero con su acento frío: muchísimas gracias.

La anciana se alejó, lastimada á un tiempo en su corazón y en su amor propio: ella hubiera deseado un abrazo y una sola palabra salida del corazón de Carolina.

Desde el día siguiente, los padres de Bernardo siguieron su acostumbrado método de vida: la señora Prisca no imaginó ni por un instante que su nuera pudiera descansarla en algo: por el contrario, se persuadió de que así ella como la tía Bautista, su única criada, tenían en casa una persona más á quien servir y de quien cuidar.

Carolina empezó una vida más cómoda, más á su gusto, más elegante, por decirlo así, de lo que jamás la había llevado: se levantaba tarde; se peinaba y vestía, y bajaba á dar un paseo por la huerta: cuando subía, la tía Bautista le servía un frugal almuerzo en su cuarto, compuesto de leche, huevos frescos y un poco de dulce: luego se ponía á bordar ó á leer junto á la ventana de su cuarto, que por estar ya situada la casa al fin de la calle, y por ocupar aquella uno de sus ángulos, daba al campo.

Poco más ó menos á aquella hora volvía Bernardo con los peones, y almorzaba en la cocina un plato de carne con patatas, con gran apetito, mas sin poder conseguir que su mujer le hiciese compañía.

Carolina comía á las cuatro algunos manjares delicados: su marido y los padres de éste cenaban un poco más tarde en la cocina.

Por la noche Carolina y Bernardo iban *al palacio*, como se llamaba al caserón habitado por los padres de la joven, y á las diez volvían á su casa.

Tal era la vida que Carolina llevaba hacía dos años, durante los cuales su corazón se había enfriado, y la existencia le parecía vacía y monótona, no obstante el apasionado, ardiente y generoso amor de su marido.

CAPÍTULO III

Comentarios.

Era un domingo de Junio, y las siete de la tarde, cuando la campana de la parroquia de Villanueva llamaba á los vecinos al rosario.

En el palacio, y en el cuarto matrimonial de Villena y de Berta, se hallaban sentadas esta última y su hija mayor.

Villena no había querido jamás que su mujer tuviese aposento propio, porque decía que esas eran gollerías y que había que amueblar dos habitaciones, cuando los dos podían pasarse con una sola.

Sus hábitos soldadescos, lejos de irse modificando, se habían vuelto más rudos y groseros desde que se había hecho aldeano y filósofo contra su gusto y convicción.

Su pobre esposa, víctima de sus extravíos, no le había merecido la más leve consideración desde que acabó de gastar su modesto lote; dote que con tantos afanes y economías le había ido reuniendo su padre, y que él dilapidó tan pronto y fácilmente.